

TEXTO COLECTIVO: 22 DE MARZO DE 2010

Autores: Patri Lerner, Gabriela Vacca, Gabriela Vidas, Polo Juárez, Mabel Redona, Gabriela Calderoni y Mirta Bertolyotti.

El colectivo frenó con furia en una esquina y, como traída por un elástico que había llegado a su máxima extensión, golpeé mi mente contra la realidad que me rodeaba. Miré por la ventanilla y vi una inscripción en la pared "¿Qué te debo?".

¿Qué clase de pregunta es esa? La persona que lo escribió, ¿se lo estará preguntando a la vida?, ¿será una reflexión sobre ella misma?, ¿se deberá algo?, ¿y yo?

Mientras miraba sin ver, me enrosqué en filosofar sobre lo inapropiado del término. El adeudo siempre me remitía a la mercantilización de las relaciones o, en el mejor de los casos, a mandatos familiares o sociales.

En ese devaneo estaba cuando, alarmada, caí en la cuenta del "qué te debo" oído casi cotidianamente. Identificar inmediatamente quién me lo espetaba, me sumió en una angustia poco explorada. Tenía que decirle que no quiero cobrar "un te quiero", "una caricia", "un beso". Simplemente necesito recibirlos.

Me levanté de mi asiento decidida a bajarme en la próxima parada. Al llegar a la esquina de Illia y Chacabuco, un patrullero desvió el colectivo hacia Lafinur: una manifestación cortaba el bulevar. ¡Otro piquete, y yo llego tarde a la entrevista! Los docentes reclaman aumento de sueldo, está bien, pero no me dejan a mí conseguir un sueldo, ¡la puta que los parió! "Qué te debo", pensé.

Me bajé del colectivo llena de bronca y me dispuse a atravesar esa marea blanca. Corrí empujando gente, pero no pude llegar a la primera esquina. Una chica muy joven me dejó en las manos un cartel que decía "Nos matan de hambre" -¡Por favor! Sosténgalo un ratito, tengo que ir al baño-. De pronto me sentí tan ridícula, tan torpe en mi trajecito gris, zapatos negros y lentes oscuros. Primera vez que no iba a una marcha, desde que me echaron de la escuela donde trabajaba como ordenanza hacía cinco años. Bueno, un ratito -pensé- y a los diez minutos volvió la piba y me encontró dirigiendo los cantitos que empezaban con olé olé...

Cuando estoy en una marcha me olvido de todo; el fiado en el almacén, el techo de casa que se viene abajo, los chicos enarbolando el celular que les regaló el padre. Pienso en la entrevista y no me arrepiento. Me iban a tomar los datos, me harían dos preguntas pelotudas y me despacharían con el famoso: "Bueno, cualquier cosa, la llamamos..." ¡Minga!, si cuando ven que tengo dos hijos me apartan la vista como si fuera leprosa. Y eso que no pongo "Separada", porque ahí sí que estoy frita.

En cambio estoy acá, y por un rato dejo de ser invisible. Bueno... espero no encontrarme con nadie conocido; a ver si deciden ir a tomar algo. Tengo justo para el colectivo de vuelta y un kilo de pan. Que no me mire... que no me mire... Ay, me vio.

- ¿Qué hacés Graciela, como estás, volviste a la docencia?

- Sí, eh... no, pero...

- ¡Qué alegría verte! vamos a tomar un café y descansamos un ratito.

¿Qué hago? ¿Me tiro al piso y finjo un desmayo? ¿golpeo distraídamente a alguien para que se arme la discusión y se amontone la gente? ¿Grito "llegó en helicóptero la presidenta"?... Hago cualquier cosa para no ir a tomar ese café.

- Vení, vamos, yo invito.

Liliana me tomó del brazo y me arrastró entre la gente que se iba dispersando. El titubeo me vendió, y como mi amiga siempre va un paso adelante, me dejó llevar. Estoy en buenas manos. Nos sentamos en una mesa de Morrison, fui al baño y, al regresar, Liliana ya había encargado dos carlitos con licuado de banana; nuestro preferido.

-¿No tiene una moneda para comer? -Dijo una máscara de mocos y tierra con una carita atrás. "Qué te debo" pensé, y allá se fueron mis últimas monedas.

-¿Cómo andás, Graciela querida? Contame todo, ya, comenzando por el principio -exigió mi amiga.

- ¿Por el principio? -Pregunté entrecortada y no pude evitar, aunque quise, comenzar con unas pocas lágrimas y terminar con unos extraños tics, mezcla de tristeza incontenible y resistencia. Estoy sin trabajo, pude decir, por fin, entre hipos y resbaladizos rebuznos. Contuve la respiración, un vaso de agua habría sido suficiente para surcar las cuerdas de mi garganta que raspaba como lija en una madera sin pulir. La ventana estaba cerrada, yo ya no podía escuchar más que el recuerdo de esa penosa entrevista. Funes... ¿estaría de acuerdo con este recuerdo? Sí, Funes, Funes el memorioso...

Las lágrimas fueron rodando hasta desaparecer en el humeante carlitos, y sólo dos sorbitos, uno tras el otro, fueron suficientes para que la calma se adueñara del momento, una calma dulzona con sabor a banana.

¿Contarle todo? ¿desde el principio?...

¿De noches hambrientas de caricias, ávida de estimulantes besos que mitigaran mi soledad. De días íntegros, en busca de una salida. Contarle que a veces la esperanza de un futuro mejor se escurre presurosa, llevándose consigo los sueños que fui hilvanando para mis hijos? Un silencio profundo acompañó los siguientes sorbos. Vida..."que te debo"... Mi pensamiento huyó como un relámpago hacia una pared.

-Mirá, Liliana, si consigo la dirección de Amado Nervo, le mando una carta documento.

- ¿Por?

- ¿No te acordás del poema ese que termina: "Vida, nada me debes. Vida, ¡estamos en paz!"? Yo estoy en guerra, y vengo perdiendo una batalla tras otra.

- Bueno, pará, bajate de la moto. A ver, ¿sabés escribir a máquina?

- Lili: eso ya pasó; ahora es todo computación.

- ¡Disculpame, pero en la oficina de mi esposo todavía usan la Remington! ¿Sabés algo de impuestos?

- Sí, que no los pago desde hace tres años.

- Bueno, vení, vamos a hablar con Gustavo, seguro que necesita a alguien como vos.

- ¿Te parece?

Mientras llamaba al mozo, me sacudió el brazo diciendo:

- Vamos, Graciela, en quince minutos estamos allá. Sin compromiso; hasta que te salga algo mejor.

¿Qué te debo? -le dijo al mozo, y salimos.

El próximo carlitos con licuado de banana lo pago yo.

